

significaba. Aunque algunos de los masones españoles, no todos, creyesen que existía un Gran Arquitecto del Universo. O López Casimiro sabe poquísimos o engaña. Tampoco debe extrañarnos, tras lo dicho, la siguiente afirmación sobre el mismo *Avisador*, sin duda el colmo de la mala intención contra la secta, "pretendiendo demostrar que la masonería era anticatólica". Pues lo era. Sin necesidad de que pretendiera demostrarlo *El Avisador*. Estaba archidemostrado.

Justino Sinova, que no parece masón, tuvo que publicar una "Nota del Autor" ante la indignación que produjo en el público su ponencia, por otra parte muy antifrancista y nada antimasonónica. La de Ferrer Benimeli es flojísima, intentando probar "la fobia antimasonónica de Franco". López Villaverde y Valle Calzado destacan la importante labor socialista y masonónica de Rodolfo Llopis en Cuenca (1918-1931). De los restantes trabajos no vale la pena ni hacer mención.

Otro producto más de ese submarino que es el jesuita Ferrer Benimeli. La Historia tiene poco que agradecerle por este libro. La Masonería, bastante.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

Jean Dumont: PROCESO CONTRADICTORIO A LA INQUISICIÓN ESPAÑOLA (*)

A la manera, tan española, de los juicios contradictorios para destacar un valor o una verdad (así, para conseguir la Laureada de San Fernando; o en los antiguos procesos de residencia), el historiador Jean Dumont: al que debemos otros importantes libros sobre España [*El amanecer de los derechos del hombre*, y *Lepanto, la historia oculta* (1), hoy traducido de la segunda edi-

(*) Trad. esp. Ed. Encuentro, con la colaboración de la Fundación Elías de Tejada, Madrid, 2000, 276 págs.

(1) *Vid.* Recensiones en *Razón Española*, núm. 91, pág. 249; núm. 103, págs. 244-245.

ción francesa], nos ofrece este su nuevo trabajo sobre una institución que a juicio de bastantes pseudohistoriadores es típica y tónica en España. Así ironizaba Menéndez y Pelayo: “¿Por qué no había industria en España?,

Por la Inquisición

“¿Por qué somos holgazanes los españoles?”

Por la Inquisición

“¿Por qué duermen los españoles la siesta?”

Por la Inquisición

(*La ciencia española*, 1953, pág. 102).

A estas preguntas y respuestas, tan absurdas, conducen los juicios, no contradictorios, de casi todos los autores (extranjeros y bastantes españoles) que dedicaron sus ensayos a un tema tan manipulado. Desde Voltaire a Henry Kamen, el renegado Llorente y Américo Castro, hasta, últimamente, los autores de la *Historia de la Inquisición, en España y América* —publicado, a partir de 1984, en Madrid por la BAC (la Editorial católica, si señor)—. Todos, o casi todos, imponen su versión de la Inquisición española como: “Un instrumento político-religioso encaminado a imponer la unidad religiosa y a garantizar, bajo el hermetismo ideológico, el inmovilismo social” (B. Escandell, en la *Historia...*, de la BAC); es decir, un ejemplo paradigmático de la unión altar-trono del repudiado nacional-catolicismo español.

Dumont, en el libro aquí comentado, rebate estos tópicos y pone de relieve —con documentación novísima— que en un juicio contradictorio resplandece la verdad; no otra sino que la Inquisición española fue uno de los testigos y agentes más perspicaces de la historia de las costumbres y de las ideas en Europa durante tres siglos; y sirvió en España a una confluencia de cristianos-viejos y *conversos* pacificada rápidamente y realizada a través de una nueva floración cristiana —esta vez ampliamente *converso* de origen— que nacerá a partir de los Reyes Católicos (1 de noviembre de 1478 *Bula Exigit sinceræ devotioris*) todo el siglo de Oro español desde el *converso* Francisco de Vitoria a la *conversa* Teresa de Ávila, a través del gran Calderón de la Barca, “familiar” del Santo oficio.

El autor, en la parte primera de su nuevo libro, resume "el estado de la cuestión: indignación y gritos de horror, hoy también, ante la Inquisición española, en base a hechos desfigurados, datos inventados y estadísticas hinchadas. Y un silencio espeso contra los pocos investigadores que defienden la verdad con hechos ciertos, datos exactos y estadísticas razonadas.

Las fantasías sobre el racismo y el lucro que, a juicio de los falsarios de la historia, fueron "las dos caras del horrible Jano inquisitorial", las desvanece Dumont, en la segunda parte de su trabajo, a la luz de documentos procedentes de los Tribunales de Cuentas y de las actas del Santo Oficio, que demuestran que ni los condenados perdieron sus bienes ni las multas podían sufragar los gastos de la Inquisición (los escasos ingresos de la *Suprema* iban a parar a las arcas parroquiales; es decir, al pueblo llano). Por otro lado, ¿de racismo nada! La lista de *conversos*, sobre todo judíos, que luego alcanzaron altos puestos y se integraron con los cristianos-viejos, es impresionante. En todos los campos: religioso (cardenales y obispos), político (consejeros de reyes), cultural y artístico (poetas, dramaturgos, pintores). Incluso hubo Inquisidores Generales que fueron *conversos*, por sí o por sus familias (Torquemada, Deza y Sandoval, por ejemplo). Aun de lado real había *conversos*: el propio Fernando el Católico, era por su madre —una Henríquez— de raza judía. *Conversos* eran también Diego de Varela y Fernando de Talavera, consejeros de Fernando e Isabel; y lo era, asimismo, el cronista de este reinado Pérez del Pulgar.

Nada, pues, de "limpieza de sangre", ni de "exterminación progresiva" de judíos o moriscos. Los *conversos* continuaron en el poder, en las más altas jerarquías religiosas, administrativas, nobiliarias e intelectuales. Supuso una total derrota del racismo, sin equivalente en ningún otro país, ni en ninguna otra época.

Lo que parece ser verdad, nos dice Dumont, es que la Inquisición española fue una necesidad del orden público. Una ocasión mediante la cual los Reyes Católicos cortaron el sangriento enfrentamiento entre las comunidades *de conversos* y cristianos-viejos. Tomaron las cosas por alto, por lo alto de la fe, porque

estaban seguros de ser apoyados por los mismos *conversos* sinceros, hasta el punto de confinarles la dirección del Santo Oficio. Éste, por otra parte, fue la representación del pueblo. Los inquisidores eran una especie de diputados del pueblo; temidos por algunos, pero queridos y respetados por la masa. "Algo que para nosotros —ironiza Dumont—, para todos los que nos consideramos demócratas, tiene un valor". No puede olvidarse — aunque lo olviden los falsarios— que en 1813 fue el pueblo el que reclamó el restablecimiento de la Inquisición en las Cortes de Cádiz, calificándolo de "glorioso tribunal".

Mucho más pudiera escribir en torno a este brillante ensayo del hispanista francés; de sus descubrimientos, deducciones y sugerencias en torno al tema tan falseado, incluso por autores españoles ignorantes de que, como subrayó Ramiro de Maeztu (*Defensa de la Hispanidad*): "Gran parte del carácter español se transformó en lucha contra el fanatismo musulmán y contra el racismo exclusivista judío. Al primero le opusimos la persuasión de la libertad del hombre, de su capacidad de conversión. Al segundo, nuestro sentimiento de catolicidad, de universalidad". En forja de aquél carácter, la Inquisición española dio frutos espléndidos. Mucho antes de su desaparición, en el siglo XVIII los antiguos *conversos* se habían vuelto tan españoles como los cristianos-viejos. Y España, en la misma medida, una nación de élites racionalmente judeocristianas; sin problemas a partir de entonces. La única nación en el mundo que lo consiguió.

Más todavía. A este proceso contradictorio a la Inquisición española, Jean Dumont le aplica un contraste supremo: la que alcanzaron algunos inquisidores: tales como San Pedro de Arbués y Santo Toribio de Mogrovejo; y la de tantos fieles en aquéllos siglos en los que el Santo Oficio defendió eficazmente la Fe católica.

En forma de epílogo y de apólogo de su estupendo libro —muy bien impreso, según costumbre de la Fundación Elías de Tejada—, el autor cruza dos líneas de *conversos* que dieron sus apellidos —Franco y Bahamonde— al que fue Jefe del Estado español. Francisco Franco —no es ocioso recordarlo— salvó a

decenas de millares de judíos sefardíes a los que dio de nuevo nacionalidad española, justo en el momento —concluye Dumont— “en que la Suiza de corazón tan liberal hacía retroceder de sus fronteras, sin mostrar debilidad, a los judíos súbditos del Reich, escapados por un instante de la «solución final», que lograron llegar a la República helvética”.

J. JAVIER NAGORE YARNOZ

José Benavides Checa: PRELADOS PLACENTINOS. NOTAS PARA SUS BIOGRAFÍAS Y PARA LA HISTORIA DOCUMENTAL DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL Y CIUDAD DE PLASENCIA (*)

El que fuera chantre de la catedral placentina, José Benavides, muerto en 1912, inquieto y andariego eclesiástico, de notables saberes, que recaló en Plasencia en los últimos años de su vida, nos dejó inédito, o parcialmente editado, un estudio histórico sobre la ciudad y sus obispos que ahora el Ayuntamiento acaba de imprimir.

El título de la obra es engañoso y el interés de la misma, limitado. Engañoso porque apenas dice nada de los obispos de Plasencia en cuanto a sus biografías. Datos acerca de ellos, sobre todo de los medievales y de los de comienzos de la Edad moderna, sí aparecen al hablar de monumentos, documentos, privilegios, etc., que se citan o transcriben en abundancia.

Libro, pues, que sólo será útil a aquellos que quieran conocer la historia de esa hermosa y antaño importante ciudad, desde su fundación por Alfonso VIII, y con carencia casi absoluta de datos en lo que se refiere a la Edad contemporánea. Un estudio introductorio del canónigo archivero, Francisco González Cuesta, que sigue fundamentalmente, con aportaciones propias, el que

(*) Ayuntamiento de Plasencia, Plasencia, 1999, 462 págs.